

# *El vuelo de la garza*

Juan Carlos Pereletegui



Es viernes, cuatro y media. Tengo que bajar al salón. Dejo el libro y me asomo a la ventana. Todavía es pronto, el jardín está tranquilo. Cuento los coches para hacerme una idea de lo que me encontraré. Mercedes y BMW suman una docena. Un Porsche, ningún Ferrari. Lo que digo: es pronto. Cojo el libro. Ni cinco minutos y ya suena el móvil. ¡Qué pesado es este hombre! Ya sé que es la hora, ¡total!, para cuatro palurdos. Que sí, que ya bajo. Me da la brasa un buen rato. ¡Que le den!... pero cierro el libro. Hay cosas que ya no me puedo permitir, no desde que Alejandro me dijo que treinta y cuatro tacos eran demasiados para el servicio que él ofrecía. Me buscó un buen sitio, aquí en Bilbao. Ya llevo un año, ¿cuánto más duraré? Al llegar, el encargado me dijo que tenía suerte, que a las negras se nos notaba menos la edad. Si me cuidaba, la carrocería todavía me podía aguantar un tiempo. Eso dijo: la carrocería. Soy la que más servicios hace, a pesar de cobrar la tarifa especial, y me cuido, vaya si me cuido.

Elijo unos zapatos cómodos, sin mucho tacón, no me hace falta. El vestido azul cobalto, superajustado y con escotazo. La falda casi por la rodilla. Tampoco hace falta enseñarlo todo antes de que paguen. Bajo con el ascensor. Pues eso, que es pronto le digo. El encargado se encoje de hombros. Ya lo sé, hay que cumplir. Me doy un primer garbeo para lucir carne y controlar cómo van las copas. Prohibido acercarse a nadie que no haya pedido la primera. El sablazo son cien euros, que van para la casa. Hasta que no coticen, ninguna chica se acercará, como bien saben. No hay ambiente. Mucho jijí-jajá, algo de sobeteo, poco más. Hay más chicas que tíos, así que ellos se hacen de rogar. Preguntan por la tarifa y por los extras. Hacen como que regatean. Puro teatro. Estoy aburrída de pasear. Me siento. Se abren las puertas dobles y entra un grupo de chavales jóvenes. Cumpleaños o despedida de soltero. Apuesto por lo primero. Todas esperamos a que pidan sus copas. Luego caemos como moscas. Un pelirrojo pecoso quiere subir conmigo. Le digo mi tarifa y se achanta. Los amigos invitan. Sí, es su cumpleaños. Ya en la habitación me dice que quiere un griego y le digo que eso son cien euros más. Se cabrea. Está muy bebido. Se hace el machito y alza la voz. Suelta todo el repertorio: puta negra, si no sirves para nada vete a tu país, qué te has pensado para pedirme eso, deberías agradecérmelo. No parece violento así que le dejo que se desahogue. A los callados les tengo más miedo. Al final se conforma con el servicio básico que le han pagado sus colegas.

Trato de olvidar el incidente y que pase un buen rato, es mi trabajo. Él está tenso por la bronca y demasiado borracho. Acaba pronto y sin gracia. Se marcha sin despedirse, el muy capullo.

Bajo otra vez, ahora de rojo. El ambiente se ha animado. Llegan media docena de taxis. Desembarca una veintena de tíos bien trajeados, pero con las corbatas flojas. Muchos llevan colgada la tarjetita de algún congreso. A partir de ahí es un no parar hasta el amanecer.

Me tiro en la cama, sola por fin. Sueño con una escena de mi infancia: un bebé gorila sale de la linde de la selva. Vacila, parece que se atreve a alejarse unos pasos, pero aparece mamá gorila y de un mandoble lo mete de nuevo entre los árboles. Suena el móvil. La luz me deslumbra, debe ser ya mediodía. El encargado se disculpa. No es mal tipo en el fondo. Ha llamado Ander Ochoa. Pronuncia el nombre como si fuera el de Jesucristo. Resulta que es su cumpleaños y quiere celebrarlo conmigo esta noche. Ha dicho que me tome la tarde libre, que me lo compensará. Le pregunto si el club está de acuerdo. Contesta que Ochoa les compensará también. Es un caballero con el que es un placer hacer negocios, asegura. No lo dudo, aunque no estoy segura de que sea un buen negocio el que intenta cerrar conmigo, al menos no para él. Otra cosa es para mí. Aprovecho el inesperado regalo y paso la tarde en la piscina, dando brazadas a ritmo tranquilo.

No salgo de la habitación hasta que el encargado me avisa de que Ander ha llegado. Llevo un conjunto blanco, de blusa y pantalón. Nada de escote, pero con los hombros descubiertos. Son muchas las cabezas que se vuelven mientras me dirijo a la salida. Hoy os vais a quedar con las ganas, amigos. El chófer me espera en la marquesina con un gran paraguas y me protege de la lluvia invernal hasta el mercedes. La mano de Ander me ayuda a entrar. Nadie diría que hoy cumple sesenta y cinco, aparenta diez menos. Arrancamos. El conductor parece saber a donde tiene que ir. El mejor restaurante de Bilbao asegura Ander. Es viudo desde hace quince años y sabe que no le queda vida suficiente para gastar una mínima parte de todo su dinero. Era un habitual del club hasta que llegué yo. Desde entonces se ha encaprichado de mí. Eso es bueno para mi economía, muy bueno. Mientras rodamos por las carreteras de las afueras de Bilbao, me cuenta que ha celebrado el cumpleaños con sus compañeros basajaunes en la cumbre del Gorbea, como todos los años

desde que murió su mujer. Ha sido una subida tranquila, desde Pagomakurre. Todo el grupo de amigos que salen juntos desde hace muchos años y que se llaman a sí mismos, con retranca, los basajaunes. Julen, que es abogado, con Begoña, su mujer, y los dos hijos: Aitor y su hermana mayor, Maricarmen, Mamen, que nació el mismo año que murió la esposa de Ander. La hermana de Begoña, Maitane, se salió de monja hace diez años y desde entonces sube al monte con ellos. Y Arantzazu, claro, la prestigiosa pediatra que va tras Ander desde que enviudó. También está Nekane, la pequeña de los cuatro hijos de Ander, que se acaba de divorciar. Los basajaunes. Ander pronuncia la palabra con gusto, saboreándola. Se le nota el afecto por esas personas, lo que me llena de asombro. Desde que llegué a España, hace casi veinte años, me dedico a lo mismo. Soy una puta de lujo, bueno, ahora de menos lujo. He tratado con gente adinerada de lo más. Todos humanos, todos acaban hablando de sus familias y de sus amigos. Nunca, ni uno solo, lo ha hecho con la pasión y el cariño con los que Ander me habla de sus basajaunes y de sus salidas al monte. Yo sonrío y asiento con la cabeza. Salgo a cincuenta euros por cabezada. Esta mañana no ha ido muy bien. La ascensión ha sido agradable, charlando y bromeando, incluso cuando han llegado a las campas de la cumbre, donde la pendiente es más fuerte. Bajo la cruz ha soplado las velas encendidas sobre un pastelito y han bebido un chupito de pacharán. La cosa se ha estropeado a la bajada. Su hija le ha dicho que había problemas con uno de los distribuidores de Alemania. Nekane es la jefa de contabilidad de su empresa. Ander no quería hablar de eso. Estaban en el monte y era su cumpleaños. El lunes se reunirían con Agustín para hablarlo. Agustín es el director comercial y ex de Nekane. Nekane se ha puesto tensa y le ha recriminado a Ander que no lo haya despedido ya. Agustín empezó en la empresa desde abajo y llegó a lo más alto por méritos propios. Se enrolló con la hija del jefe después de demostrar su valía, no antes, me explica Ander. Lamenta que lo suyo no haya salido bien, pero no piensa renunciar a uno de sus empleados más valiosos y le ha recordado a Nekane que lo vería en un rato, en la comida de cumpleaños. Parece que a la chica no le ha sentado bien y le ha gritado a su padre si también pensaba invitar a esa puta con la que está enchochado. Luego ha echado a correr campa abajo y no ha parado hasta Pagomakurre. Allí ha cogido su coche y no ha aparecido por el cumpleaños. Enton-

ces ha sido cuando Ander ha llamado al club, para quitarse el mal sabor de boca.

El sitio es de lo mejor de Bilbao, no cabe duda. Al entrar nosotros el sonido ambiente cae diez puntos. Ander saluda con la mirada, pero pocos se lo devuelven. Son más los que desenfocan la vista como si tras nosotros hubiera surgido algo de inusitado interés. No es el caso del maître, que nos conduce a la mejor mesa del salón. El nivel de las conversaciones se recupera y, ahora sí, las miradas nos enfocan. Me enfocan. Miradas furtivas, envidiosas, venenosas... y alguna lujuriosa. Ander sigue contándome la ascensión al Gorbea, historias de montaña con los basajauenes y el proyecto que tienen previsto para el verano: una travesía por Pirineos. Creo que es la primera vez en mi vida que escucho esa palabra: Pirineos. Sonríe y cabeceo y pienso en el saldo de mi cuenta. Es de esas raras ocasiones en las que mi trabajo se hace llevadero, así que trato de disfrutarlo. Él espera a los postres para recordarme nuestro encuentro anterior. La oferta que me hizo. Estoy bien como estoy, Ander. Lo que me pides puede salir bien o puede salir mal. Si sale bien no estaré mejor de lo que estoy. Si sale mal será malo para mí, muy malo. ¿Cómo que por qué? Si tengo que volver al club con el coño vuelto, ¿crees que me van a recibir con los brazos abiertos? A cambio, ¿qué? Dejar de ser la puta de muchos para ser la puta de uno. Me coge la mano con suavidad. Quiere transmitir su afecto. Hace mucho que soy insensible a las caricias. El encargado del club dice que eres un buen hombre de negocios. Yo también. En los negocios hay que ser honesto, no vale otra, y lo sabes. No te pienso ofrecer un producto que no tengo disponible. Lo que hay es lo que ves, nada más. ¡No, Ander, no! No te vas a conformar con eso, tú quieres más, mucho más. Busca otra que te lo pueda ofrecer.

Le dejo que me enseñe el apartamento que me ha alquilado. Al fin y al cabo también hago salidas a domicilio. Sé que no tendré problemas con la tarifa. El apartamento es tan espectacular como era de esperar. Un ventanal inmenso con vista al Guggenheim y a la ría. Un paisaje de ensueño glaseado por la lluvia. El aguacero de la tarde ha devenido en calabobos. Allí mismo, ante la ciudad iluminada, cumplo con mi cometido. Luego seguimos en el dormitorio y más tarde de vuelta al ventanal. Soy muy buena en lo mío y Ander es muy apasionado. Sé que a veces se da un homenaje con dos o tres chicas. Seguro que no lo cambia por lo de esta noche. Por la mañana hablamos de negocios. Me dará de alta en

una de sus empresas, sin trabajar, por supuesto. La oferta no llega a la mitad de lo que me saco limpio en el club. Quiero el contrato de alquiler a mi nombre y un depósito monstruoso para cargar los recibos. Un depósito que pasará a mi poder si el contrato se rescinde por cualquier motivo. Ander solo duda unos instantes. Luego hace una llamada y me apunta la hora de la cita con su abogado. No espero a terminar el desayuno para cumplir con mi parte. La lluvia vuelve a vestir de gris el Guggenheim y la ría.

Ya es primavera. El tiempo ha pasado más rápido de lo que me esperaba. Lo último que echo de menos es el club. Leo, veo películas antiguas. Me gusta *Pretty Woman*, me siento identificada. No sé cuántas veces la he visto. Paso horas en la piscina, braceando a mi ritmo. Por las tardes viene Ander. Salimos a cenar y luego cine, teatro, conciertos... o simplemente paseamos por la orilla de la ría. Luego volvemos al apartamento. A veces es un polvo rápido y se marcha, si tiene que atender asuntos de trabajo al día siguiente. Otras se queda toda la noche y el amanecer nos sorprende exhaustos ante el gigantesco ventanal. Reconozco que a veces me cuesta seguir el ritmo de Ander, aunque en las últimas semanas se ha hecho más pausado. Intuyo que empieza a pensar que nuestro acuerdo es mejor para mí que para él. No me puede reprochar nada. En mi contrato pone sexo y compañía y eso es lo que recibe, abundante y de la mejor calidad. Lo que ocurre es que él busca amor y afecto. Ya le advertí que de eso no tenía. Ahora se da cuenta de que era cierto.

Es sábado y ha venido al apartamento después de despedirse de los basajaunes. Mientras comemos me habla de la ascensión de la mañana, a los montes de Arrola. Pone tanta pasión que parece que esté subiendo otra vez. La bajada, alambicada por culpa de vallados y terrenos privados, la cuenta con tanta gracia que me arranca una sonrisa. Después de comer me propone ir de compras. Me parece bien. Nos hemos hecho habituales de las mejores joyerías de la ciudad. Ya lo dicen en esa película: «Los diamantes son los mejores amigos de una chica». Paseamos por el casco viejo cogidos de la mano. No recuerdo ninguna joyería por esta zona. Nos paramos ante el escaparate de una tienda de cosas de montaña. Me explica con detalle los diferentes artículos expuestos, su calidad y función. Yo cabeceo y sonrío. Sueño con unos pendientes de aguamarina.

Ander me toma del codo y cuando pienso que vamos, ¡al fin!, en busca de la joyería, me mete en la tienda. El encargado lo saluda con camaradería. Ander le explica que quiere un equipamiento completo para mí.

No le veo ninguna gracia a esta farsa. De pequeña hacía diez kilómetros todas las mañanas para ir al colegio. Diez kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. Descalza. No me impresionan las tonterías de ricos de Ander y sus amigos. Me recoge delante del apartamento. Todavía es de noche y me amodorro en la comodidad del mercedes. Nos detenemos. Me espabila un golpe de aire fresco y húmedo, con olor a mar. Ander ha dejado su locuacidad en Bilbao. Con palabras breves me da algunas indicaciones sobre mi ropa y la mochila. Luego echa a andar con paso largo y elástico. Doy una carrerita para ponerme a su altura y le escucho decir que estamos en Getxo y que vamos a dar un paseo. Debemos estar por las afueras. Caminamos por calles feas a la luz de farolas que matan el amanecer incipiente. Pasamos bajo la autopista. En un rincón se adivinan los refugios de cartones de unos sin techo. Huele a meados. Al otro lado de la autopista ya no hay farolas. Trato de decirle a Ander que no veo nada, pero no es verdad. La vista se me acostumbra en un instante. Caminamos por una senda ancha. Se intuye un arroyo, un murmullo de agua, que le da una calidad húmeda al aire. De pronto siento necesidad de hinchar los pulmones, como cuando saco la cabeza tras una larga tirada de buceo. Dice Ander que todo el mundo llama Bolue a este arroyo, pero que su nombre en realidad es Larrañazubi. Bolue solo es «molino» en vasco. Hace mucho tiempo aquí había muchos molinos que... se para y se calla, me indica que me agache. El cauce está iluminado por el amanecer, tenue y gris. No veo nada a través de la densa pantalla de juncos y carrizos. Al cabo de unos segundos de estar agachados y en silencio, Ander me indica que me alce despacio. Por entre las panojas del carrizo no veo más que el agua, que fluye lenta como la miel. Un movimiento a la derecha me alerta y entonces la veo. Es una garza real según Ander. Para mí es un trozo de mi vida. Recuerdo esas aves, con su cresta y su largo pico. Durante el tibio invierno las veíamos en las charcas que rodeaban la aldea. Al final del hechizo seco, antes de que comenzaran las lluvias largas, emigraban hacia el norte. Cuando llegaba el momento de partir, algunas se separaban de la bandada y no levantaban el vuelo. Se quedaban a pasar el verano allí, solitarias y errabundas. Pocas de esas

sobrevivían hasta el regreso de sus hermanas, al final del otoño, tras las lluvias cortas. Trato de recordar su nombre en mi lengua, pero no lo consigo. Una imagen cruza mi mente durante un segundo: Namibi, mi hermano pequeño, mi hermanito, disparando su AK contra los hombres que acaban de violarme. Siento que se me nubla la vista y miro al suelo para secarme los ojos sin que Ander se dé cuenta. La garza abre de pronto sus alas, las bate con fuerza y eleva el vuelo. Yo no veo el arroyo Larrañazubi ni los carrizales sino los huertos verdes de mi niñez. Ander contempla enamorado el vuelo de la garza.

—Es raro verla ya entrada la primavera —exclama—. Es más fácil en otoño y al principio del invierno, cuando descansa aquí camino de África.

¡Oh!, Ander, lo sé, lo sé, no necesito que me lo expliques, lo sé muy bien. Seguimos caminando por la ribera, ahora más despejada. Ander explica que es porque hemos dejado atrás el humedal. Ha recuperado su habitual locuacidad y tiene palabras para todo lo que vemos. Los árboles que han sustituido al carrizal son alisos, que empiezan a recuperar su verdor. Sonríe y cabeceo mientras pienso en la garza y contemplo el paisaje. En todo el tiempo que llevo en España no he salido de Madrid y Barcelona. De Bilbao no conozco más que el club. Es la primera vez que me encuentro en plena naturaleza desde que huí de Ruanda. Es una sensación extraña. Este valle, parcelado y lleno de verdor, podría ser el que circundaba mi aldea natal. Siento un peso en el alma que se suma al dolor de pies. Me rebelo contra la nostalgia, es peligrosa para la supervivencia y ese es mi único objetivo: sobrevivir. Me concentro en sentir el escozor de las rozaduras provocadas por la botas nuevas, el peso de la mochila en los hombros. Poco a poco siento renacer la rabia en mi interior. Retorna mi odio hacia Ander por traerme a esta excursión ridícula y eso me alegra. Odiar es bueno, ayuda a sobrevivir. En España la supervivencia se llama dinero.

El final del trayecto es una fea torre de piedra que Ander llama *de Martiartu*. Ahora descansar y almorzar exclama con alegría cuando le pregunto. Y luego regresar. Lo odio. No soy buena en la cocina y el bocadillo que me he preparado es tan insípido que me hace añorar los menús del club. Mientras bebo agua para pasar el bocado se oyen gritos que vienen del otro lado de la torre. Al poco aparece un grupo numeroso y extraño. Ander se alza al instante, saluda a todos y se abraza con muchos. Hay una mujer sentada en una silla montada sobre una rueda. De la silla sa-



len dos barras hacia adelante y otras dos hacia atrás. Entre las barras hay una persona que tira o empuja de la silla. No entiendo nada. Ander se abraza con la mujer de la silla. Veo que ella le devuelve el abrazo con fuerza. Ander me indica que me acerque y me presenta a Maruja. Maruja no tiene piernas. Al cabo de un rato el grupo se despide y sigue su camino. Ander me explica que es un grupo de voluntarios que todos los domingos llevan al monte a una persona impedida. Utilizan esas sillas de una rueda que se llaman *joelette*. Esa en particular la ha donado él. Siento el odio crecer en mi interior. Odio a estos privilegiados que se obligan a ir al monte para compensar sus excesos y que para convencerse de que hace el bien sacan a pasear a personas incapaces de sobrevivir por sí mismas. Cabeceo y sonrío mientras Ander me habla con entusiasmo del montañismo inclusivo. Hipocresía y soberbia es lo que me parece a mí. El regreso hasta el coche es largo y cansado.

Ander está decidido a convertirme en montañera... en su montañera. Como si creyera que eso le hará olvidar lo que en realidad soy: su puta. Nada ha servido para disuadirlo, así que aquí estamos otra vez. Hoy es el gran día. Hoy me va a llevar con los basajaunes. Le he advertido que no es buena idea. Una cosa es que con él disimulen como si no supieran de mi existencia y otra es verme frente a frente. Dar-me la mano. Compartir un trozo de pan o una cantimplora de agua. Antes se dejarán morir de hambre y de sed. Tengo experiencia en eso. Me recoge muy, muy temprano. El punto de encuentro es Lendoño de arriba, vamos al Tologorri (Ander lo dice como si debiera significar algo para mí), pero primero recogeremos a Maitane. Hago memoria. Maitane es la hermana mayor de Begoña, la esposa de Julen (a Julen lo conozco... y no de subir montañas precisamente). Hace unos diez años que Maitane se salió de monja y ahora trabaja de comadrona en un hospital. Veo su cara de sorpresa a través de la ventanilla cuando se dispone a abrir mi puerta y se da cuenta de que el asiento está ocupado. Monta atrás. Es una mujer grande, algo más joven que Ander. Tiene una cara amable. Sobre la frente le caen unos rizos rubios casi blancos que le dan un aire de muchacha traviesa. Saluda con un buenos días apagado, inaudible, y luego guarda silencio. Ya hemos enfilado la autopista de Vitoria cuando Ander susurra que esta es Marlén. Por el retrovisor veo que Maitane hace un gesto de asentimiento con la cabeza. Se lo devuelvo. Luego sus ojos se reflejan en

los de Ander. Le están diciendo que no es buena idea amigo mío, no es buena idea. Suspiro.

Apenas ha amanecido cuando pasamos Orduña y tomamos una carretera estrecha y oscura. «Lendoño Goika 5» pone en un indicador. Giramos a la izquierda por un camino. Enseguida vemos un aparcamiento y un par de coches. Reconozco la figura espigada de Julen y ella debe ser Begoña. Las que conversan algo separadas serán Nekane, la hija de Ander, y Arantzazu (cuidado con esa). Los hijos de Julen y Begoña andarán por ahí. Salgo del coche sin mirarlos, recojo mi mochila del maletero y entonces me giro y les devuelvo los puñales que he sentido en mi nuca. Begoña llama a sus hijos como una gallina clueca que haya husmeado el olor del zorro. Los chicos aparecen de entre la arboleda. Mamen anda por los dieciséis y Aitor unos menos. Su cara de sorpresa infantil e inocente (inocente pero no ignorante) me arranca un atisbo de sonrisa que se me olvida en cuanto miro a los adultos. Ander pronuncia mi nombre, pero nadie responde ni se acerca. Julen ha palidecido. Se revuelve, murmura que hay que ponerse en marcha, que la travesía es larga. La mirada de Arantzazu arrodillaría a otra que no hubiera visto las cosas que he visto yo. Nekane se muere de vergüenza. La madre-coraje se ha interpuesto entre sus niños y yo, pero Aitor me busca la mirada con descaro. Julen espolea a su familia y enseguida enfilan hacia un gran panel de troncos que marca el inicio de la senda. Arantzazu y Nekane los siguen. Ander respira hondo y cuenta hasta diez antes de echar a andar. Maitane cierra la marcha. La senda asciende suave por entre encinas y avellanos. Hay la claridad justa para ver donde pones los pies. Va a ser un día despejado. A nuestra espalda amanece y el sol comienza a disipar la bruma matinal. Apenas hemos calentado los músculos cuando la senda gira bruscamente a la izquierda y afronta la pendiente en vertical. Los árboles cambian en ese punto y Ander me explica que hemos entrado en el hayedo de Lendoño. Mis piernas no tardan en quejarse y los pulmones no dan abasto. No me lo esperaba, me creía en forma, pero esto es durísimo. Cada media docena de pasos tengo que parar a recuperar el aliento. Ander y Maitane me miran con indulgencia. Maitane me aconseja que ralentice el paso hasta que pueda mantenerlo sin perder la respiración. La miro con sorpresa. Me ha dirigido la palabra. Ella hace un gesto de complicidad y dice que siga, que nos estamos retrasando demasiado. Al cabo de un rato encuentro mi ritmo y algo más: estoy disfrutando. No lo entiendo.

He madrugado como en mi vida para juntarme con unas personas que me odian para subir a la punta de una montaña que me importa un nabo... y estoy encantada. *No te odian* exclama una voz en mi cabeza. Por un momento creo haberme vuelto loca y luego me doy cuenta de que ha sido Maitane, que parece haberme leído los pensamientos.

—Bueno, Arantzazu quizás sí —apostilla.

Repite que no me odian, que ha sido la sorpresa, que Ander ha tomado una decisión arriesgada pero que probablemente era la única forma de hacerlo, si lo hubiera avisado se habría montado la de dios y habría sido aún peor, así que, pensándolo bien, enfrentarlos a todos con la realidad de golpe y por sorpresa probablemente haya sido la mejor estrategia y ahora que cada cual tome su decisión. Le pregunto si ella ya ha tomado la suya y niega con la cabeza. Pues menuda mierda, pienso. Ander me señala hacia arriba y entonces lo veo, entre las ramas añosas de las hayas. Una lanza de piedra gris que trata de perforar el cielo. El Tologorri.

—En realidad su nombre oficial es Iturrigorri —dice Ander.

De pronto me parece lo más normal del mundo querer subir allí arriba. Al poco la senda gira a la derecha, ahora flanqueamos y podemos acelerar el paso. Pasamos un roquedo.

—Esta es la Piedra del Cojo —avisa Ander—. Cuidado ahora, estamos en la senda Negra.

Enseguida salimos del bosque y le encuentro todo el sentido al aviso. A nuestra izquierda los riscos cortados a cuchillo. A la derecha la ladera casi vertical. La caída debe ser menos placentera de lo que su verdor promete. Al frente el Tologorri, que muestra su flanco de navío encrespado. Camino con atención pero sin temor. De vez en cuando miro el abismo de reojo y siento que él me devuelve la mirada. Es una mirada dura pero afectuosa. Si me entiendes y me respetas yo te daré placeres que no puedes ni soñar, parece decirme. Es un mensaje inquietante para alguien que creía saberlo todo sobre dar placeres.

La senda asciende en diagonal hacia el portillo de la Barrerilla, un poco más arriba está la fuente de los Nudos. El grupo ha hecho un alto en la fuente, pero en cuanto nos ven aparecer por el portillo cogen las mochilas y echan a andar. Maldito Ander, ¿qué necesidad tengo yo de soportar todo esto? Solo las miradas de Aitor y Mamen se cruzan con la mía. Ella curiosa, él picarón. Me siento algo reconfortada. Al cruzar el portillo hemos desembocado en una gran campa, ondulada y herbosa. Seguimos la

línea del cortado y llegamos a la cumbre del Tologorri. Me invade la misma sensación que tuve en la subida, de estar donde debo estar, de que no puede haber ningún lugar en la tierra mejor que este. Las vistas son de una belleza soberbia, pero siento que no son las vistas... la grandeza, sí, es eso, el sentir que eres parte pequeña de algo grande... muy grande.

Toca almorzar. El grupo se fracciona. Ander, Maitane y yo no sentamos en la misma cumbre. Los demás se alejan unos metros. Mi bocadillo es tan insípido como el de la torre de Martiartu.

—Eres hutu, verdad —dice Maitane. Me atraganto—. Pasé treinta y cinco años en África como misionera —continúa—. En el 84 estaba en Ruanda... lo viví todo: primero hutus contra tutsis, luego tutsis contra hutus... mis compañeros de religión, sacerdotes y monjas con los que había escuchado misa y comulgado, rociaban sus iglesias con gasolina y les prendían fuego con sus feligreses dentro, porque eran de otra casta.

Los disparos del AK de Namibi vuelven a estallar en mi cabeza. Los mai-mai se lo habían llevado dos años antes del campamento en las afueras de Goma en el que nos habíamos refugiado. Como a tantos otros lo entrenaron como niño-soldado. Una noche los banyamulengue atacaron el campamento sin más objetivo que matar a tantos hutus como fuera posible. Un grupo entró en nuestra choza y obligaron a mi padre a ver cómo nos violaban a mi madre y a mí. Para cuando terminó el último, madre había muerto de sufrimiento. Entonces desmembraron a mi padre a machetazos. Yo era la siguiente pero apareció Namibi. Nunca supe cómo se enteró del ataque ni cómo logró infiltrarse entre los banyamulengue. Solo recuerdo que al cesar los disparos de su arma me ayudó a levantar, me puso un puñado de diamantes en la mano y me dijo que buscara a un hombre en Goma, que él me sacaría de allí y me llevaría a Europa. Nunca he vuelto a ver a mi hermanito. Ahora mismo golpearía a Maitane por traer de nuevo la nostalgia a mi vida. Arrojo el bocadillo por el precipicio, cojo mi mochila y emprendo el camino de vuelta sin mirar atrás. Ander me alcanza cuando ya atravieso en vertical el hayedo de Lendoño. Me sigue sin decir nada. Mientras nos desembarazamos de las mochilas y las metemos en el maletero del coche llega Maitane con la lengua fuera.

—Lo siento, lo siento, lo siento...

Arrancamos. En el camino de vuelta me entero de que han tenido una fuerte discusión en la cumbre del Tologorri. Julen ha dicho que su familia

no volverá con los basajaunes si está esa puta y Ander le ha llamado hipócrita.

—Pues yo quiero volver.

No me creo que yo haya dicho esas palabras. Noto la mano de Maitane en mi hombro y no puedo evitar el apretarla.

Vamos al Anboto. Esta vez sí que me he informado. Me recomen algo por el interior. Ander está preocupado, no sabe si Julen cumplirá su amenaza. Eso me inquieta, pero sé que mi desasosiego es de otro tipo: quiero subir la montaña. Quiero llegar a la cima y sentir lo que sentí en el Tologorri. Es muy extraño.

Recogemos a Maitane y ponemos rumbo al santuario de Urkiola. Viajamos en silencio, cada cual con sus pensamientos. Maitane parece dispuesta a no repetir el error del Tologorri. Siento que debería decirle que no fue culpa suya, pero las palabras no me salen. En el aparcamiento la oscuridad es completa. Susurramos para no molestar a los dioses ancestrales de la montaña ni a los del santuario, recién llegados. Oigo a Maitane dar un gritito y veo su sombra perderse en las sombras.

—Chiquilla, ¡qué haces aquí! —la oigo exclamar antes de regresar con Mamen acurrucada en su amplio pecho.

Julen y Begoña no van a venir, pero ella se ha escapado. Ha dicho a sus padres que se iba de marcha y luego a dormir a casa de una amiga, pero ha cogido el Euskotren hasta Durango y luego el último autobús que va para Vitoria y se ha bajado en el santuario. Lleva toda la noche esperándonos. Cuando Ander le pregunta por qué ha hecho eso, se encara conmigo. Quiere saber por qué Ander llamó hipócrita a su padre. Ander le dice que eso se lo debe preguntar a Julen, pero ella quiere saber la respuesta de mí. No confía en su padre. Está fuera de sí. Me coge por las muñecas y siento sus manos heladas. Recuerdo a mi padre, Wasukumuna, desmembrado a machetazos ante mis ojos cuando yo tenía la edad de esta niña. ¿Cómo explicarle cuánto daría por tenerlo a mi lado, por grandes que fueran sus defectos? A veces los hombres buenos se pierden y tratan de encontrarse de formas extrañas.

Los focos de dos coches me interrumpen. Veo a Arantzazu venir hacia mí a zancadas, seguida de Nekane. Los gritos de puta, zorra, malnacida llenan la noche. Ander se interpone y Arantzazu detiene sus pasos pero no su lengua.

—Esta puta asquerosa ha jodido a los basajaunes. Veinte años de amistad a la mierda porque esta zorra te ha puesto las tetas en los morros, Ander. Veinte años de montañas, de querernos y darnos la mano, hundidos por un puto coño negro. Ander le hubiera pegado si no le cojo el brazo.

—Si los basajaunes se van a la mierda será porque no podéis aceptaros tal como sois —le digo sin alzar la voz—. Usáis las montañas para exhibir vuestras virtudes y no para reconciliaros con vuestros defectos. Aparezco yo, negra y puta, y de pronto os da miedo miraros los unos a los otros, por si no os gusta lo que veis, pero es la puta la culpable.

—Esta mujer ha pasado por cosas que no podemos ni pensar —interviene Maitane—. Hace mucho que decidí juzgar actos, no personas. Lo que los hombres hagan con su bragueta es cosa suya y de sus parejas y tú no eres la de Ander, mal que te pese.

Arantzazu se queda sin palabras, se da la vuelta para marcharse e intenta agarrar a Mamen de la ropa para llevársela, pero Maitane se lo impide de un manotazo.

—Esta niña no necesita tus espinas.

Por un momento parece que Arantzazu le va a escupir. Luego se dirige a su coche, seguida de Nekane. Antes de arrancar se gira y le grita a Ander que la travesía de los lagos se ha ido a la mierda por su culpa. Nekane se ha quedado inmóvil ante la puerta abierta de su propio coche. Se inclina, coge la mochila del interior, cierra y pasa a nuestro lado a toda velocidad.

—¿Hemos venido a discutir o a subir la cumbre?

Tomamos la pista al fondo del aparcamiento con las primeras luces. A la izquierda arranca una senda que sube al Urkiolaguirre, una bonita colina herbosa a la que llegamos enseguida. Mientras subimos le pido a Ander que me explique las palabras de Arantzazu al marcharse.

—Los basajaunes somos montañeros de poca monta —me explica—, pisaprados nos llaman los que se creen otra cosa, pero todos los veranos hacemos una excursión de alta montaña por Alpes o Pirineos. De septiembre a diciembre nos lo pasamos hablando de la que hicimos y de enero a junio, de la que haremos. Este año tenemos pensada una travesía que le da la vuelta al Aneto y recorre ocho lagos.

Los recita como si fuera un sortilegio que pudiera ahuyentar la desgracia que ha caído sobre los basajaunes: Alba, Cregüeña, Coronas, Barran-

cs, Cap de la Vall, Llauset, Vallibierna y Llosás. En su voz detecto un dolor que apenas logra disimular. Las palabras de Arantzazu han hecho mella. Se siente culpable de que la travesía de los ocho lagos se malogre. Desde la cumbre del Urkiolaguirre se ve el largo macizo de Anboto, al Este. Es todavía una mancha oscura, pero arriba su cresta empieza a contrastarse contra un cielo menos negro que el que pende sobre nuestras cabezas. Bajamos del Urkiolaguirre por el lado contrario y enseguida encontramos la misma pista que arranca del aparcamiento, que viene rodeando la colina. En vez de seguirla la atravesamos hacia un bosquecillo.

—Esta la fuente de Pol-pol —dice Maitane—, no se puede subir al Anboto sin beber un trago de su agua.

La fuente tiene dos caños de los que manan gruesos chorros de agua. Todos parecen esperar a que yo sea la primera. ¿Una deferencia? No me da tiempo a pensarlo bien. Meto el morro debajo del caño y doy un largo trago. Al momento me inunda un sabor metálico asqueroso y escupo todo lo que no he tragado. Me fijo entonces en los churretones de óxido que escurren del pilón. Todos se ríen. Nekane me acerca un pañuelo de papel mientras se troncha de risa.

—Tiene una cantidad enorme de hierro —dice entre una carcajada y otra—. Hay a quién le gusta... pero no son muchos.

De pronto soy consciente de lo que acaba de ocurrir. Me han gastado una broma. ¿Cuando fue la última vez que alguien me gastó una broma? Me asalta la risa.

—¡Seréis cabrones! —les grito rota de risa yo también.

Regresamos a la pista y la seguimos durante un rato. Yo voy en cabeza con Maitane y Mamen y veo que Ander y su hija se rezagan intencionadamente. Las tres caminamos en silencio, más pendientes de lo que pasa por detrás que de lo que tenemos por delante. Una de las veces que vuelvo la cabeza Ander agita los brazos con vehemencia. Nekane tiene las manos en el bolsillo del polar y adelanta los hombros. Me temo lo peor, pero a la siguiente vez se han detenido y están abrazados. Ander pone un beso en la frente de Nekane. No puedo dejar de mirar y mis dos compañeras me imitan. Las tres tropezamos a la vez y rodamos por el suelo. Antes de que nos pongamos en pie Ander y Nekane pasan corriendo.

—El último paga las birras —grita Nekane.

Salimos en su persecución, pasamos ante el refugio de Asuntza y enseguida tomamos una senda a la izquierda, entre las hayas. La pendiente es fortísima y frena en seco nuestra carrera. He aprendido la lección del Tologorri y busco mi paso, ese que me permite acompasar la respiración y no detenerme hasta la brecha de Agindi. De allí, a plena cresta hasta la cima. Estoy exultante. Siento la grandeza de esta montaña en cada poro de mi piel. Al llegar a la cima nos abrazamos todos con todos. ¡No lo puedo creer! Mamen nos hace un selfie.

Lo que ha ocurrido esta mañana se ha quedado allí abajo y se ve muy pequeño.

Benasque. ¿Cómo es posible que signifique tanto un lugar del que no había oído hablar hasta hace un par de meses? Alba, Cregüeña, Coronas, Barrancs, Cap de la Vall, Llauset, Vallibierna y Llosás. He memorizado la lista de los lagos que vamos a recorrer. ¡Qué remedio! En el Anboto decidimos que vendríamos los que viniéramos, así que aquí estamos Ander, Maitane, Nekane y yo. Mamen se hubiera venido pero no se lo han permitido. Ander me ha prometido tres días de vértigo. Agotadores, pero inolvidables. Recuerdo la sensación que sentí en la senda Negra del Tologorri. Los placeres de la montaña no se parecen a nada de lo que yo conocía. Pero eso será mañana. Hoy toca SPA de chicas. Ander que se vaya a pasear.

No puede ser. Es imposible que pueda meter todo eso en mi mochila. Material de vivac, comida para cuatro días, ropa para cualquier contingencia, bastones, piolet, crampones... Ander se compadece de mí y me ayuda a empacar todo en la mochila. Cabe, increíble, pero cabe. Nos ayudamos unos a otros a echarlas a la espalda y comenzamos a caminar desde la misma puerta del hotel de los Baños. Serán jornadas de unas seis horas. ¡Seis horas! No llevo ni diez minutos y ya siento los hombros destrozados. Nekane me aconseja que apriete más el cinturón de la mochila para que parte del peso apoye en las caderas. Sigo su consejo pero el alivio es solo momentáneo. Y eso que por ahora solo flanqueamos la ladera, ya veremos cuando toque subir, que va a ser... ya. Ander se para. Consulta el mapa e indica un sendero a la derecha. Ya me habían explicado que a los basajaunes les gusta hacerlo a la antigua: mapa y brújula, nada de GPS. Tampoco se me hubiera ocurrido preguntarlo. El cómodo flanqueo desde el hotel de los Baños se ha convertido en una pendiente



aterradora por la orilla derecha del torrente del Alba. El sol ya está muy alto pero la sombra de los pinos es fresca. Ascendemos en silencio, solo se oye a Maitane, con el resoplido que ya conozco. Tengo que pensar cada paso porque la mochila tira hacia atrás y amenaza con enviarme al fondo del valle de nuevo. Concentrada en no perder el equilibrio apenas me percato de que el paisaje cambia. La manta de helechos hace rato que desapareció y los pinos cada vez clarean más. De pronto hay una explosión de luz y salimos a una praderita casi llana.

—Despedíos de los pinos porque ya no bajaremos de los 2000 metros en los próximos tres días. A partir de aquí, roca, hielo y nieve —anuncia Ander.

Toca prepararse para el sol. Protector, gafas y gorra. Aprovechamos para darle un descanso a los hombros, excepto Maitane. Dice que si se quita la mochila ya no será capaz de ponérsela otra vez. Antes de reanudar la marcha Ander me hace mirar valle abajo. El espectáculo me conmueve de una manera que no sé explicar. Montañas. Montañas y más montañas. Es como si dentro de mí hubiera otra persona que llevara toda la vida esperando este momento.

—Allí a la derecha tienes el macizo de Literola, con el Perdiguero al final de la cuerda. Detrás se ve el inicio del valle de Remuñe y al fondo la cresta fronteriza.

Luego me hace girar la vista a la izquierda.

—En este lado, señorita Marlén, tengo el gusto de presentarle a su majestad el Posets, la segunda cumbre más alta de los Pirineos.

Muy a lo lejos, alzándose por encima de su corte con la serenidad de un monarca por derecho divino, se ve una cumbre en media luna cercada por un nevero.

Proseguimos.

Enseguida doblamos a la derecha y el terreno cambia.

—Es el caos de bloques —me avisa Ander—. Acostúmbrate o muere, porque no vas a pisar otra cosa en tres días.

Ya no hay senda propiamente dicha, solo pequeños hitos de piedras amontonadas. Es un mar de pesadilla, convertido en granito en su peor momento. Maitane es la avanza más cómoda. Con su zancada gigantesca es la que tiene más alternativas en cada paso. A pesar de todo yo me siento mejor que en la primera parte. El cuerpo se me ha hecho a la idea de lo que le espera y se adapta a ello. Sé lo que es acostumbrarte a todo,

incluso a lo más horrible, y sentirlo como normal. Jamás pensé que me sentiría feliz cargando un mochilón que pesa más que yo por un campo de bloques de granito inestables. De pronto la pendiente cambia de plano y ante nosotros estalla el lago de Alba, de un azul más azul que el azul. Ander saca de su mochila un frasco y coge un poco de agua del lago.

—El primero —me dice con un guiño—. Ya solo quedan siete.

—¿Y ahora? —pregunto. Estamos en un circo cerrado del que no se ve salida.

—Primero hay que salvar esa barrera. —Ander señala la pared que encajona el lago por el lado opuesto—. Allí arriba está el lago superior. Luego habrá que cruzar por allí. Aquella es la cresta de los quince gendarmes, la cresta del Alba. Tenemos que cruzar por la brecha de Alba, la que se ve a la derecha de esas dos moles rectangulares.

Miro hacia donde Ander señala con su bastón. Toda la parte superior del circo parece una sierra y el camino hasta ella una pared vertical e imposible. Sé que es una ilusión. Conforme nos acerquemos la verticalidad desaparecerá y encontraremos la forma de ascender hasta esa brecha del Alba que nos llama. Un breve descanso para comer algo y en marcha de nuevo. Salvamos la barrera zigzagueando. Primero a la izquierda, luego a la derecha por una faja, luego otra vez a la izquierda y por fin una larga diagonal a la derecha que nos deja al pie de la chimenea que da acceso a la brecha. Hay que trepar un poco para llegar arriba.

—No te preocupes. Apoya bien los pies y mantén el equilibrio con las manos. Sígueme y no te desvíes hacia la chimenea, por dentro es más difícil. Hay que mantenerse fuera, en el lado derecho.

En la bajada del Anboto ya tuve mi primera experiencia de trepada. Fue divertido. Hoy es un poco más largo y difícil. y la mochila tira hacia atrás. Más divertido. Arriba, en la brecha, enmudezco. Montañas en todas direcciones. Un canchal vertiginoso desciende en picado hacia un ibonet, poco más que un charco, unido al inconmensurable lago de Cregüeña por un largo tubo lleno de nieve.

Mucho más tarde nos quitamos las mochilas en la orilla norte del lago. Ander saca su frasco.

—Dos, dice con los dedos.

Todas sonreímos. Es tan feliz como un chiquillo.

Mi primer vivac. En realidad no. Cuando huimos de los tutsis tuvimos que dormir al raso varios días antes de cruzar la frontera y llegar al cam-

po de refugiados de Goma. Prefiero olvidarlo. Todos a los que quería y que me querían están muertos. Ya nada me une a aquella tierra. En cambio aquí... hemos dormido junto al lago, bajo una gran piedra que hace un buena visera. Tengo la cabeza orientada hacia el este y veo cómo clarea tenuemente por encima del collado de Aragüelles. El tenue ronquido de Maitane es el único ruido.

Maitane sigue fiel a su principio de juzgar hechos y no personas y sostiene que no conoce de mí ninguna acción que pueda reprobar. Me consta que se lo dijo bien claro a Julen y a Begoña. Lo de Nekane es otro tema. Después de aquel abrazo con su padre debajo del Anboto ha pasado página y me ha tendido la mano. Somos casi de la misma edad. No nos hemos hecho amigas, pero hay simpatía. Me adormilo y cuando me despierta el bullicio de Ander preparando el desayuno ya hay bastante luz.

La subida al collado de Aragüelles es cómoda, una larga diagonal ascendente que arranca bajo la pared sur de la Maladeta. Al pasar ante ella siento una atracción irresistible. Algo me dice que no tardaremos en vernos de nuevo.

Nos libramos rápido del torpor matinal y subimos a buen ritmo. En el collado, Ander me toma del hombro y señala frente a él: el Aneto. Veo ese nudo de aristas que alza al cielo su cúpula final y pienso que es una mujer. Comparado con las formas rotundas del Posets, el Aneto tiene cierta delicadeza femenina. Bajo sus pies, los lagos de Coronas reflejan el sol de la mañana. Ahora no tenemos que bajar, sino flanquear hacia nuestra izquierda para recorrer todo el circo, en busca del collado de Coronas, justo enfrente nuestro. Aunque la ruta pasa a unos cien metros por encima del lago superior, Ander no piensa renunciar a su muestra de agua. Deja la mochila junto a nosotras y desciende con su frasco.

No estar enamorada no me impide quererlo con toda mi alma. Follar por dinero te obliga a ser rápida en conocer el alma de las personas. A veces te puede ir la vida en ello. Ander es bueno. Ha creado desde cero un imperio empresarial, pero nada le hace tan feliz como estar aquí, en medio de las montañas, con sus amigos. «Las buenas personas no se van de putas» le dijo Arantzazu a Maitane. Yo he conocido hombres de todos los pelos y sé que lo que llevan en el corazón tiene poco que ver con dónde meten la polla. Hay pocos buenos o malos, todos somos grises,

excepto aquí, entre la roca, el hielo y la nieve. Aquí todos resplandecemos.

El collado está guarnecido por el glaciar de Coronas, apenas ya un nevero, aunque con buena inclinación y duros bloques de granito contra los que estrellarte si caes resbalando, así que es mejor no tomárselo a broma. Eso explica Ander mientras saca los crampones. Avanzamos en diagonal. Ander me marca el paso y yo lo imito. Con el piolet bien clavado en el lado de la pendiente doy un paso, luego otro, me detengo, avanzo el piolet. Vuelta a empezar. Paso, paso, piolet. Giramos. Cambio el piolet de mano y seguimos. Al tercer giro es como si llevara toda la vida haciéndolo. Se acaba cuando más lo estaba disfrutando. El acceso al collado tiene una corta trepada, algo más seria que la de la brecha del Alba. La supero con facilidad arrancando un aplauso de Nekane y Ander. Veo que Maitane me mira con envidia y no tardo en entenderlo. A ella le cuesta un sufrimiento. Todo el aplomo que tiene marchando, por dura que sea la pendiente, se le desvanece cuando tiene echar mano a la roca. Con el ánimo de todos y una pequeña ayuda de Ander logra superar el mal trago. «Usted perdone, sor» le dice mientras le pone las manos en el culo y empuja. Al otro lado el glaciar de Aneto y el largo valle de Barrancs. Enganchamos con la senda que viene desde la Renclusa y en media hora estamos ante el puente de Mahoma. Maitane se sienta sobre una piedra sin quitarse la mochila.

—Yo os espero aquí.

Ander me anima a que sea la primera.

—Tal como te he visto subir al collado, no necesitas un guía delante, te quitará el disfrute.

A mitad de la arista, donde está la cruz, es el paso más difícil. Me paro, siento el vacío a mi alrededor, la aspereza del granito en la palma de las manos. Avanzo con delicadeza la pierna hasta el siguiente apoyo y basculo el cuerpo. ¡Un gozo! Ander y Nekane me siguen a un par de metros y los espero al final de la arista. Pisamos la cumbre a la vez, cogidos de la mano y le enviamos un beso a Maitane, que nos responde con abrazos. Luego deshacemos el camino y descendemos de la antecima hacia el norte, en vertical. Hay que tener cuidado porque es una pedrera muy empinada e inestable. Nadie viene por aquí, pero este es nuestro camino. Al final de la pedrera nos espera el glaciar de Barrancs. Calzamos de nuevo los crampones. El primer tramo es muy inclinado y hacemos

diagonales. Luego se aplanan y enfilamos a plena pendiente hacia el alargado lago de Barrancs, una lágrima de verdeagua recostada en el fondo del valle. Es nuestro último objetivo del día.

Montamos el vivac en la orilla Este, en una praderita tímida. Ander llena su frasco por cuarta vez. Preparamos la cena. El sol se oculta tras la Maladeta, el valle se llena de sombras y la temperatura se desploma. Es hora de meterse en el saco. Lo último que recuerdo es el gozo que he sentido en el puente de Mahoma.

Oigo barullo. Las linternas frontales se pasean por todas partes. De vez en cuando alguna se estrella contra mi rostro y me deslumbra. Los cuatro nos hemos incorporado sin salir del saco. Oímos voces familiares pero tan fuera de lugar que nos cuesta reconocerlas. Ander es el primero que se percata. Se desembaraza de su saco y sale a la carrera al encuentro de las luces. Al poco oímos sus exclamaciones, si se pueden llamar así, y reconocemos el resto de las voces: los basajaunes están juntos de nuevo. Salgo de mi saco y me quedo ligeramente al margen. No me han perdonado a mí. Han perdonado a Ander y se han perdonado a sí mismos. Mamen ha sido la gran responsable. En el Anboto abrió los ojos respecto a su padre, sin que por eso lo quisiera menos. Luego todo ha sido insistir e insistir. Me disimulo en las sombras, como han hecho las de mi profesión desde que el mundo es mundo, pero Mamen y Aitor se acercan. Ella me da un abrazo que devuelvo con más fuerza de la que pretendía. Aitor me ofrece la mano, intenta poner ojos picarones y su hermana le arrea una colleja. Noto clavados en mí los ojos de la madre-coraje y el roce punzante del espino. Julen sigue comido por la vergüenza. Intuyo un saludo de los tres en forma de leve asentimiento de cabeza, que devuelvo de igual modo. Toda ascensión empieza por el primer paso y todavía me queda mucho que subir.

Por la mañana arrancamos temprano. Tenemos por delante una jornada larga e intensa. A los recién llegados les cuesta coger el ritmo. Ayer tuvieron paliza de coche y la subida a oscuras desde el vado del Hospital. Afortunadamente hay un largo trecho hasta el col de Salenques y solo se empina en el tramo final. Por el otro lado es tan vertiginoso como la bajada desde la brecha del Alba hacia Cregüeña. Una vez en el fondo del valle tomamos por una faja que corta la ladera del Margalida. Luego de una fuerte subida desembocamos en el lago superior de Cap de la Vall. Ander lleva el frasco medio lleno, este es el quinto. Rodeamos el lago, atravesamos

mos una cresta y con un flanqueo nos plantamos en el col de Soubiron, desde donde descendemos al lago de Cap de Llauset. Seis. Ander ya necesita las dos manos. Por aquí pasa una variante del GR-11 que seguimos para llegar a los lagos de Vallibierna. Siete. Vamos a por el último. Dejamos el GR y por un barranco muy pendiente subimos hasta la collada de los Sarrios desde donde bajamos al lago de Llosás. OCHO. El frasco de Ander ya está lleno. Abrazos generalizados que Arantzazu, Begoña y Julien me hurtan, aunque quiero creer que la inclinación de cabeza es algo más amistosa que la de anoche. Bajamos directos por el barranco de Llosás para reencontrar el GR en el valle de Vallibierna. Enseguida la pista, al tiempo que retorna la vegetación. Hemos vuelto desde el mundo del hielo, la nieve y a la roca al mundo de la vida.

—Los montañeros somos los seres del retorno —me dice Ander, adivinándome el pensamiento—. Necesitamos marcharnos para poder regresar.

Llegamos al refugio de pescadores justo a tiempo de pillar el último autobús para Benasque. Lo llaman el autobús de las nubes.

Nos acomodamos, más bien nos derrumbamos, en los asientos. Vemos pasar el fastuoso valle de Vallibierna mientras el autobús recorre la pista con la parsimonia necesaria. De pronto, sin darme cuenta de lo que hago, me pongo en pie frente a los basajaunes.

—No me llamo Marlén —les digo—. Mi nombre es Luyuma. En la lengua de mis padres quiere decir Flor Bonita. Mi madre se llamaba Miezi, Luz de las Estrellas, y mi padre era Wasukumunua, que significa El Bendecido. Mi hermanito se llamaba Namibi, Escudo de Fuego, él me salvó la vida.

Los tres días de Pirineos me han cambiado. Marlén ya no existe. Luyuma ha regresado tras más de veinte años. Me pregunto qué futuro le aguarda. No he dejado de cumplir a mi parte del trato, pero Ander se da cuenta de que ya no es como antes. Luyuma no quiere ser la puta de nadie. ¿Entonces qué? No me veo aprendiendo un oficio, ni escuernándome por cuatro euros de mierda. Ander podría colocarme en cualquier sitio, pero eso significaría que todo sigue igual. Ayer me propuso que descansáramos de los basajaunes e hiciéramos una excursión bonita los dos solos, así que aquí estamos, en el monte Serantes. Lleva algo en la cabeza y me temo que sé lo que es. Empezamos caminar en una preciosa maña-

na de verano. Dejamos el coche en la pista cementada, poco antes de la barrera que impide el tránsito. La pista zigzaguea perezosa, pero nosotros acertamos por los atajos, con la mirada puesta en la cima. Después de los desniveles de Pirineos esto parece llano. En nada llegamos a las ruinas del fuerte y con otro arreón nos plantamos en la cumbre. Para ser un paseo le hemos pisado bien. El torreón, o lo que queda de él, es casi tan feo como el de Martiartu, y la gigantesca antena de televisión, o lo que sea, no ayuda. Almorzamos aquí. ¿Aprenderé algún día a prepararme un bocadillo en condiciones? Desde el mirador hay una extensa vista. Hacia el interior el paisaje es bonito, colinas cubiertas de verde, salpicadas de urbanizaciones. A la derecha lo destroza una refinería de petróleo. Ander elige este momento para soltar lo que lleva dentro. No se pone de rodillas pero sí que me ofrece un anillo. Uno sencillo, con un pequeño solitario. Es un anillo para Luyuma, no para Marlén.

—No, Ander. No sé lo que quiero hacer con mi vida, pero voy a dejar de ser una puta. —Él trata de replicar, pero no le dejo—: Sí, sí es lo mismo, porque no estoy enamorada de ti y ese matrimonio significaría lo mismo que mi contrato de alquiler: que soy tu puta.

Se guarda el anillo y me pasa el brazo por los hombros.

—Tenía que intentarlo —susurra con un hilo de voz.

Se oye bullicio cerca de la cumbre y vemos que llega un grupo con una *jolette*. Ander se acerca a saludarlos. Esta vez le sigo. Todavía recuerdo el encuentro de Martiartu y mis pensamientos de entonces. Aquella Marlén me resulta una desconocida. Ya no siento odio dentro de mí y no lo echo de menos. Ander se abraza con todo el mundo, ¿habrá alguien a quién este hombre no conozca? Me presenta como Luyuma, una amiga. Todos me dan la mano. Luego nos acercamos a la silla. Es un niño pequeño, no tendrá más de diez o doce años, muy delgadito.

—¡Hola Javi! ¿Te lo pasas bien? ¿Qué día tan bonito verdad?

Javi da grandes cabezazos de asentimiento, casi espásticos. Con gran dificultad alza un bracito menudo. Ander acerca su mano y Javi hace un remedo de chocarla tras lo cual estalla en carcajadas de felicidad. Ander lo abraza y le da un beso en la frente. Luego dejamos que sigan su camino. Los portadores de la silla se relevan y se alejan por la senda que sigue el cordal. Los veo marchar con una sensación indescifrable en mi interior que explota de repente y sin previo aviso.

—Ander, ya sé qué quiero hacer con mi vida.

## CINCO AÑOS MÁS TARDE

Aparto las sábanas y me pongo en pie. Nekane debe estar a punto de llegar. No he podido dormir nada, pero al menos he descansado algo. Supongo que lo mismo que ella y que Ane. El que al fin ha descansado es Ander. Se ha ido a los tres meses justos de que le diagnosticaran el cáncer de páncreas. Un mensaje en el móvil me avisa de que están en la puerta, para ir al cementerio. Conduce Ane. Las dos tiene los ojos rojos, imagino que igual que yo. Se las ve muy unidas y muy enamoradas. Ane apareció poco después de aquel inolvidable viaje a Pirineos, cogida de la mano de Nekane. Enseguida congenió con Ander. Ella encontró en él la figura paterna que su propio padre le había negado. A Nekane le dio la confianza para aceptarse a sí misma y la fuerza para obligar a los demás a aceptarla. Incluso Agustín acudió a su boda. Para Arantzazu fue demasiado. «Primero una puta, ahora una lesbiana, ¿y qué más?». Acudió a Pirineos por la presión de Mamen, con más resignación que buena voluntad, y aquello fue más de lo que estaba dispuesta a permitir.

Maitane y Mamen nos esperan a la entrada del cementerio. Hemos pedido que solo acudieran los más íntimos. Mañana habrá un funeral para el gran hombre y gran empresario, aun así hay mucha gente. Begoña y Julen, cogidos de la mano. Me alegro. Llevaban tiempo mal y habían decidido darse espacio, pero la enfermedad de Ander los ha acercado de nuevo. Mejor así, porque Aitor los va a necesitar mucho. También está Arantzazu, de luto riguroso, como para reprocharnos a los demás la informalidad con la que hemos venido a despedirnos de Ander. Hace un gesto de saludo desde la distancia.

También están las joelettes. Todas, las diez que sacamos cada fin de semana, cada una con su equipo de voluntarios. El corazón se me aprieta. Un montón de gente que hoy ha dejado trabajos y obligaciones para decirle adiós a Ander. En el Serantes, mientras la joelette de Javi se alejaba, le dije a Ander que quería dedicarme a ayudar a esas personas y él se entusiasmó con la idea. Lo que hasta entonces había sido una colaboración puntual se transformó en un gran proyecto. Creamos una fundación. Ander no consintió que llevara su nombre. Fue idea suya honrar a mi hermanito y llamarla Fundación Namibi para el Montañismo Inclusivo, porque seguro que a estas personas les viene muy bien un escudo de fuego... dijo.



En aquel momento sentí que la garza ya no estaba sola y perdida, y volaba, al fin, rumbo al norte.